









## LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

En pintado está el horrible cuadro, pero voy a darle unas cuantas pinceladas, comenzando por publicar íntegro el Manifiesto del 30 de Septiembre de 1823, modelo acabado de perfidia.

1.º Declaro de mi libre y espontánea voluntad, y prometo bajo la fe y seguridad de mi real palabra, que si la necesidad exigiere la alteración de las actuales instituciones políticas de la monarquía, adoptaré un gobierno que haga la felicidad completa de la nación, afianzando la seguridad personal, la propiedad y la libertad civil de los españoles.

2.º De la misma manera, prometo libre y espontáneamente, y he resuelto llevar y hacer llevar a efecto un olvido general completo y absoluto de todo lo pasado, sin excepción alguna, para que de este modo se restablezca entre todos los españoles la tranquilidad, la confianza y la unión, tan necesarias para el bien común, y que tanto anhela mi paternal corazón.

3.º En la misma forma prometo, que cualesquiera que sean las variaciones que se hagan, serán siempre reconocidas, como reconozco las deudas y obligaciones contraídas por la nación y por su gobierno bajo el actual sistema.

4.º También prometo y aseguro que todos los generales, jefes, oficiales, sargentos y cabos del ejército y armada, que hasta ahora se han mantenido en el actual sistema de gobierno en cualquiera punto de la Península, conservarán sus grados, empleos, sueldos y honores. Del mismo modo conservarán los suyos los demás empleados militares, y los civiles y eclesiásticos, que han seguido al gobierno y a las Cortes, o que dependen del sistema actual; y los que por razón de las reformas que se hagan, no pudieren conservar sus destinos, disfrutarán a lo menos de la mitad del sueldo que en la actualidad tuviesen.

5.º Declaro y aseguro igualmente, que así los milicianos voluntarios de Madrid, de Sevilla o de otros puntos, que se hallan en esta Isla, como cualesquiera otros españoles refugiados en su recinto, que no tengan obligación de permanecer por razón de su destino, podrán desde luego regresar libremente a sus casas, o trasladarse al punto que más les acomode en el reino, con entera seguridad de no ser molestados en tiempo alguno por su conducta política ni opiniones anteriores, y los milicianos que los necesitaren obtendrán en el tránsito los mismos auxilios que los individuos del ejército permanente. Los españoles de la clase expresada, y los extranjeros, que quieran salir del reino podrán hacerlo con igual libertad, y obtendrán los pasaportes correspondientes para el país que les acomode.

Cádiz 30 de Septiembre de 1823.—Fernando A la mañana siguiente salió con sus íntimos y su familia para el Puerto de Santa María, donde le esperaba Angulema, y... «La hiena enfurecida, dice un historiador, sujeta por sus escotes desde el 7 de Julio, había recobrado su libertad.»

La primera disposición que tomó al llegar al Puerto de Santa María, de acuerdo con el miserable cura Saenz, fue faltar villanamente a lo ofrecido en el anterior documento, dictando aquel otro que se hizo tan célebre, y cuyo primer artículo decía:

1.º Son nulos y de ningún valor todos los actos del gobierno llamado constitucional (de cualquiera clase y condición que sean) que ha dominado a mis pueblos desde el 7 de Marzo de 1820 hasta hoy día 1.º de Octubre de 1823, declarando como declaro, que en toda esta época he carecido de libertad, obligado a sancionar las leyes y a expedir las órdenes, decretos y reglamentos que contra mi voluntad se meditaban y expedían por el mismo gobierno.»

Indignado un historiador, escribe: «Faltar tan abiertamente a la palabra real a las pocas horas de haberla empeñado, sólo cabía en la naturaleza de aquel infame... Asegurar él, que no había tenido en tres años libertad para obrar, él, que nombró y separó ministros a su antojo, y que negó su sanción a diferentes leyes, y que hizo en suma cuanto le dio la gana, incluso conspirar contra su gobierno y contra su patria, era el colmo de la desvergüenza.»

La segunda disposición fue condenar a muerte a Valdés, Ciscar y Vigodet, ex regentes del reino y que se habían portado muy bien con el obrar, él, que nombró y separó ministros a su antojo, y que negó su sanción a diferentes leyes, y que hizo en suma cuanto le dio la gana, incluso conspirar contra su gobierno y contra su patria, era el colmo de la desvergüenza.»

Indignado un historiador, escribe: «Faltar tan abiertamente a la palabra real a las pocas horas de haberla empeñado, sólo cabía en la naturaleza de aquel infame... Asegurar él, que no había tenido en tres años libertad para obrar, él, que nombró y separó ministros a su antojo, y que negó su sanción a diferentes leyes, y que hizo en suma cuanto le dio la gana, incluso conspirar contra su gobierno y contra su patria, era el colmo de la desvergüenza.»

La marcha de aquel tigre a Madrid se señaló por el vergonzoso rebajamiento de sus súbditos. «Viva el rey absolutamente absoluto!» gritaron en Utrera; y vivan las caenas! ¡muera los negros! ¡muera la nación!, habiendo aquello de sustituir a los caballos que tiraban del coche real; gritos y actos que repitieron en casi todas las poblaciones que el canalía aquel atravesó.

«Flores derramadas por los caminos, dice un historiador, arcos de triunfo, engalanadas comparsas de doncellas y mancebos, corridas de toros, el coche real llevado casi siempre en brazos de los voluntarios realistas, diputaciones de todas clases, comisiones de los cabildos de Sevilla, Granada, Jaén, Cuenca y Toledo, que iban a ofrecer al rey por vía de regalo cuantiosas sumas, todo lo que el fanatismo, la lisonja y la bajeza podían inventar, todo lo disfrutó en los pueblos de Carmena, Ecija, Córdoba, Andújar, la Carolina, Santa Cruz de Madela y demás poblaciones que iba atravesando, mientras seguían ahuyentados a muchas leguas del camino o encerrados en calabozos, todos los liberales proscritos por el decreto de Jerez.»

En Utrera expidió aquel decreto infame, que entregó la nación atada de pies y manos a la rigallita intransigente, y que provocó persecuciones terribles:

«Al contemplar las miserabilidades del Altísimo por los riesgos de que se ha dignado librarme, restituyéndome al seno de mis fieles vasallos, se confundió mi espíritu con el horrible recuerdo de los sacrilegos crímenes y desastrosos que la impiedad osó cometer contra el Supremo Hacedor del universo: los ministros de Cristo han sido perseguidos y sacrificados; el venerable sucesor de San Pedro ha sido ultrajado; los templos del Señor profanados y destruidos: el Santo Evangelio despreciado: en fin, el inestimable legado que Jesucristo nos dejó en la noche de su cena para asegurarnos su amor y la felicidad eterna, las Hostias Santas, han sido pisadas.»

Mi alma se estremece y no podrá volver a su tranquilidad hasta que, en unión con mis hijos, con mis amados vasallos, ofrezcamos a Dios holocaustos de piedad y de compunción, para que se dignen purificar con su divina gracia el suelo español de tan impuras manchas, y hasta que le acreditemos nuestro dolor con una conducta verdaderamente cristiana; único medio de conseguir el acierto en el rápido viaje de esta vida mortal.

Para que estos dos importantísimos objetos tengan exacto cumplimiento, he resuelto que en todos los pueblos de los vastos dominios que la divina Providencia ha confiado a mi dirección y gobierno, se celebre una solemne función de desagravios al Santísimo Sacramento, con asistencia de los tribunales, ayuntamientos y demás cuerpos del Estado, implorando la clemencia del Todopoderoso en favor de toda la nación, y particularmente de los que se han extraviado del camino de la verdad, y dándole gracias por su inalterable misericordia: que los MM. RRs. Arzobispos y Obispos, Vicarios capitulares Sede vacantes, Priors de las órdenes militares y demás que ejerzan jurisdicción eclesiástica, dispongan misiones que impugnen las doctrinas erróneas, perniciosas y heréticas, inculcando las máximas de la moral evangélica, y que pongan en reclusión en los monasterios de la más rigida observancia a aquellos eclesiásticos que habiendo sido agentes de la facción impia, puedan con su ejemplo o doctrina sorprender y corromper a los incautos o débiles a favor de las funciones de su estado. Tendráse entendido en el Consejo, y dispondrá lo necesario a su cumplimiento.»

En Sevilla, donde se detuvo 14 días, recibí al cuerpo diplomático, asistió a toros, procesiones, banquetes, bailes, ordenó que se celebraran honras fúnebres en toda España por cuantos desde el 7 de Marzo de 1820 habían perecido en defensa de la causa de Dios y de la suya, (¡bonita amalgama!) Y al compás de tanta religiosidad, varios comisarios de los Santos Lugares hacían suyos los fondos de la Cruzada, ó los aplicaban a pensionar cantantes y bailarinas amigas de los principales personajes de la Corte.

Un detalle que no debe omitirse: Espantado de lo que veía, el duque de Angulema habló al rey chispero en Sevilla de parte de su gobierno, para que hiciera una política templada y de olvido, mas todo en vano; por lo que le dejó en Sevilla y se adelantó de incógnito a Madrid. Al llegar y ver a los voluntarios realistas, la hez del populacho, vagos, sin oficio, siempre de uniforme por no tener otra ropa, procaces, crueles, facinerosos, en fin, sintió vergüenza de lo que había hecho, y huyendo de las escenas de sangre y luto que se preparaban, tornó a su país.

Al poco tiempo de esto, un mariscal francés escribía a Chateaubriand sobre los sucesos de España: «Decid, señor, al rey, que si ha de ser larga mi permanencia en España, se dignen mandar otro mariscal que me reemplace; que sufre mucho mi alma viéndome confinado en un país de salvajes.»

(Continuad.)

## RESPUESTA

Señor don José Nakens.

Mi respetable y distinguido amigo: Me hace usted justicia al dudar que haya defendido yo el fanatismo religioso en el mítin revisionista celebrado en el Teatro Pignatelli de Zaragoza el 22 del corriente mes.

Me preocupa el tiempo lo que de mí puedan pensar los demás y muy principalmente hombres como usted, que por su inmaculada historia política tiene sobrados títulos para ser juez de conductas y árbitro en la pureza de las ideas.

Por esto me apresuro a responder a la invitación que se me hace en el artículo «Pongase en claro» inserto en el último número de El Motín, mejor que explicando, reproduciendo íntegramente lo que en el mítin de Zaragoza dije sobre el culto a la Virgen del Pilar, dejando a su buen criterio declarar si cometí una herejía democrática ó una herejía católica.

En mi opinión el fanatismo de los aragoneses por la Virgen del Pilar es un hecho innegable, y con palabra más ó palabra menos, explicaba yo este fanatismo en los términos siguientes:

«La popularísima Virgen del Pilar es una Virgen profana, la más humana de todas las vírgenes: no es la Virgen de los Misterios de la Teología ó de las leyendas del Cielo, sino encarnación de luminosos y progresivos ideales de la tierra.»

«Es la Virgen del Pilar para vosotros más que una imagen un símbolo, el símbolo de las grandezas pasadas y de las glorias históricas de este pueblo patria del Justicia, de este pueblo que en los tiempos medio evales consagró en sus fueros el derecho de insurrección frente a las extralimitaciones de la autoridad real, de este pueblo que hizo la Ley antes que el poder y que hizo a sus reyes súbditos de su poder soberano y exclavos de sus leyes democráticas.»

«Vuestro culto a la Virgen del Pilar no es un culto religioso, sino un culto laico, un culto cívico, con el que santificáis vuestras virtudes, vuestra proverbial arrogancia y vuestro heroísmo sublime. Sólo considerando a la Virgen del Pilar como personificación de la bravura, la altivez y la nobleza del genio de Aragón, puede ser bendita vuestra Virgen y hermoso vuestro fanatismo por ella.»

En cuanto al respeto a la religión, repetí en el mítin de Zaragoza lo que he dicho muchas veces. Creo que la religión es un acto de conciencia, y por consiguiente ni el Estado puede tener religión ni la religión puede figurar entre los fines sociales. Como liberal entiendo que todas las creencias religiosas son igualmente respetables en el alma de quienes sinceramente las profese, y por esto combatí los privilegios de que goza la religión católica en España.

En el citado mítin dije más, y lo repetiré cien veces: «Los reaccionarios en España son herejes del cristianismo, apóstatas del evangelio, renegados de la cruz; consideran la religión no como un fin sino como un medio; defiéndenla, no por fe sino por cálculo; ven en la religión un resorte de gobierno, una garantía para las clases conservadoras, un título para ejercer el mando sin ley y un freno para reprimir toda aspiración progresiva y reformista.»

En mi opinión la religión católica en Es-

paña háse convertido en bandera política de los ateos más empedernidos, de los ateos prácticos, a quienes antes de ahora he calificado yo de ateos con cédula de comunión.

Y satisfecho su deseo, amigo Nakens, se reitera de usted correligionario y admirador entusiasta s. s. que estrecha su mano.

E. MENÉNDEZ PALLARÉS

Madrid 30 Octubre 1899.

Me complace mucho que no haya resultado cierto lo que algunos periódicos dijeron que había dicho el señor Menéndez Párrales, y el haberle dado pretexto para desmentirlo.

Una cosa he de advertirle al amigo: que lo mejor, para evitar malas interpretaciones, es abstenerse de tocar puntos que se relacionan con la Iglesia. ¡Es tan difícil, en los casos en que no se la combate, dominar la palabra tan por completo que no se vaya por senderos lindantes con la ortodoxia!

## La cruz de brillantes

I

Sobre un fondo de seda y en el centro de regio escarpada, ostentaba radiosa como un astro, enajada de esmeraldas y brillantes, una valiosa cruz de oro macizo, tentación indudable. De algún pastor católico, que impugna las pompas y mundanas vanidades. Una turba harapienta, láeiz, tísica, escuálida y gasta por el hambre, con codiciosa sordidez y ahínco se agolpa a los cristales y devora la cruz con sus miradas, mientras llena la calle ese vago rumor con vaho de bestia que exhalan los presidios y hospitales, absurda mezcla de protesta altiva y de queja monótona y cobarde.

II

Las piedras de la cruz, al ser heridas por un foco de luz, despiden haces de chispas que deslumbran los ojos de la turba miserable. Y mientras que se arrugan los estómagos y en los cerebros arde la fiebre destructora de la anemia, y los harapos ennegrecen de la carne como sucias banderas de la hampa, y vibran en el aire resplandidos de fieras, continúa ostentándose la cruz, signo de paz entre los hombres de buena voluntad, donde el Gran Mártir se elevó hasta ser dios de los vencidos a costa de su sangre, símbolo de pobreza, ejemplo único de fe y abnegación incomparables, aumentando el martirio de la turba, de su miseria sordida mudada, chorros de luz vertiendo en sus harapos, germinando venganzas, é insultante en su muda soberbia, con cinismo de duras represalias acicate, pregonando la farsa ridícula que hace la hipocritía jauría que al mendigo le da por pan virtudes teológicas.

G. NÚÑEZ DE PRADO

## Caridad jesuitica

Garzón explotador.—Un niño destrozado.

Después de haber hecho suyo el campo de la gente rica, pretende la muy ruin Compañía de Jesús, sin perder momento, conquistar el taller, la fábrica y la mina hispanos, y, para lograrlo, ha dado en lanzarnos sus predicadores a decir a los obreros que el capitalismo es la peor de las infamias, y el liberalismo la plaga más destructora, entre otras razones por haber suprimido la sopa de los conventos.

Como los fariseos, estos jesuitas dicen y no hacen, es decir, hacen lo contrario de lo que dicen. Cuando el pobre cae en sus manos, más le valiera dar en las del verdugo. Quien crea que exageramos lea, si tiene ocasión, la historia del Paraguay.

Pero no es necesario ir tan lejos, en Madrid mismo hallará cualquiera otras historias é historias mucho más gráficas.

He aquí una vivita y chorreado sangre, sangre de un niño a quien explotaba el pillete del P. Garzón.

Como pedrada en ojo de boticario viene ahora, cuando el ministro de la Gobernación presenta su proyecto sobre el trabajo de los niños. Mejor documento que el presente, no se hallará con la linterna de Diógenes.

Es el caso, que el referido Padre tiene ó dirige (porque en realidad, los jesuitas no tienen nada en particular, ni aún vergüenza), tiene, decimos, una imprenta para tirar sus periódicos y libelos, en la calle de Leganitos, núm. 54. El local no reúne las condiciones legales, pero como se trata de jesuitas, las autoridades les consienten que tengan allí la imprenta.

Cuando pidieron permiso este verano para abrir el establecimiento, se opuso el alcalde y tuvo de tenido más de un mes el despacho de la licencia. Los jesuitas pusieron en juego tantas influencias como dinero, hasta que todo se arregló de orden superior, a su gusto y conveniencia, por cima de las leyes.

Entonces empezó a imprimirse allí el asqueroso papelucho La Lectura Dominical, donde el Garzón expone a veces ideas socialistas y también anarquistas (¡ay un anarquismo jesuita, el peor de todos) para seducir obreros incautos con paparruchas contra la explotación del obrero por el capitalista.

Eso sí, el mismo Garzón explota bárbaramente a los operarios, con especialidad a los niños. Como ceco y miserable que es hasta la sordidez, procura valerse del mayor número de criaturas que puede, pagándoles muy poco ó nada por un trabajo a veces superior al de los hombres.

Esta crueldad en exigir a los pobres niños un trabajo impropio de sus facultades y las pesimas é ilegales condiciones del local, acaban de producir una horrible desgracia, que la prensa que alardea de bien informada, ó no ha sabido, ó lo que es más probable, se ha guardado mucho de decir. Uno de esos niños ha sido destrozado, lo que se llama destrozado, por una máquina.

La soberanía de las autoridades con los jesu-

tas ha dado este ópimo fruto en combinación desastrosa de la inmundicia y cruel avaricia de esos miserables.

Su apuro es grande, porque a estas horas no tienen licencia escrita sino meramente verbal para explotar esa imprenta, que también produce, con la sangre y el sudor de los desgraciados niños, no sólo para propagar el anarquismo blanco, sino para hacer frecuentes obsequios a cierto señor muy tolerante en esto de licencias y otros requisitos.

Conste el hecho, altísimo ejemplo de caridad jesuitica, prueba de cómo observan la ley de Dios y las del Estado los ignaviosos y lo que podemos esperar de su dominio é influencia en las esferas gubernativas.

EL PAIS

## Bienaventurados los ricos

Estaba leyendo un libro ortodoxo, y como para descansar, pasé la vista por un periódico. En su cuarta plana encontré amplia escuela, en que se anunciaba el fallecimiento de un abastecedor del Ejército que se hizo millonario envenenando a innumerables soldados.

Al final de la escuela, muchos obispos y arzobispos concedían infinidad de indulgencias a los fieles que rezaren por el alma del finado, que había recibido la bendición papal, y por cuya alma se dirían una porción de misas en diferentes iglesias.

Y no pude por menos de pensar: «Viejos esturpadores de niñas casi impúberes, jóvenes violadores de castas doncellas, mujeres adúlteras y livianas, gobernantes defraudadores de la riqueza pública, todos tienen reservado en el cielo su correspondiente sitio, merced al generoso perdón que la Iglesia les ofrece a cambio de dinero.»

Por lo cual habrá que decir, parodiando al gran maestro: Bienaventurados los que tienen mucho dinero, porque para ellos es el reino de la tierra y el de los cielos.

ROBERTO DE GALAIN

## ¿LO QUE SOMOS!

Un sabio inglés ha encontrado la verdadera fórmula moderna de la recordación anual del Miércoles de Ceniza. Eso del polvo que somos y polvo que seremos, parece que no tiene suficiente influencia para bajar los humos de los soberbios de la tierra, y el buen sabio británico ha inventado otra lección, muy bonita, muy arreglada a estos tiempos.

Un barón alemán, cuyo nombre no recuerdo, para enseñar a su hijo que la sangre noble no se diferencia de la sangre plebeya, ideó hacer examinar su sangre y la de su lacayo. Para que la lección resultara mejor, el examen demostró que la sangre del lacayo era más rica en glóbulos que la del señor, y el chico pudo convencerse de que la nobleza no puede competir en sangre con los plebeyos.

Este orgullo tonto de la sangre ha pasado de moda, tanto que ya únicamente se tiene en cuenta a los caballos. Pero cuando soberbios en número infinito, como son los estultos, según Salomón, y para éstos ha ideado su lección el sabio inglés.

Dice este señor que los elementos constitutivos de un hombre que pese sesenta kilos, que su peso sea regular, se encuentran justos y cabales en cien docenas de huevos. Si calculamos a peseta la docena de huevos, resulta que el más empujorotado personaje no vale, a precio de huevo, más que veinte duros. Es bien poca casa.

Este inglés, que se ha quemado las cejas calculando estas cosas, dice que con el fósforo contenido en el cuerpo humano, se podrían fabricar 835.000 misiles. Yo supongo que la cerilla y las cajas no las dan de balde, y resultará que, vendidos esos miles de fósforos al precio que los cobra la Cerillera, vale un hombre quinientas y tantas pesetas. Bastante más que cuando le contábamos los huevos.

Y esto demuestra la superioridad del talento. Cuanto mayor es la inteligencia de un hombre, mayor es la cantidad de fósforo de su cerebro; así dicen; luego, según la teoría del inglés, aumenta su valor.

Con el carbono del cuerpo humano se fabricarían nueve mil y quinientos lápices y sobraría carbono. Suponiendo estos lápices de clase superior, no alcanzaría su valor a lo que valían los fósforos. El fósforo se vende muy caro, á menudo con trampa, y no lo digo por la Cerillera.

Perce que también tenemos en el cuerpo un perro chico de hierro y otros cinco centínos de sal. En esto de la sal habrá sus más y sus menos, como en lo del azúcar, que también lo tenemos por valor de una perra. Hay tipos empujorosos que de seguro tienen más azúcar y menos sal.

Nos quedan todavía, para sentar en la cuenta, ochenta y tantos litros de agua, de la que bien pueden decir Vds.: «de esta agua no beberé.» Y que continúe afirmando el refrán que esto no puede decirse.

Bueno; pasemos ahora a lo mejor del cuento. Calculado el valor de todas esas cosas que tenemos guardadas en el cuerpo, pero calculado secundum arte, dice el sabio inglés que el kilo de carne humana vale sesenta centínos de peseta.

¡Sesenta centínos! Para más vergüenza, á este precio se vende la libra de carne de cerdo. En verdad que este es motivo suficiente para bajar los humos á cualquiera.

Ya ven Vds. que tenía razón cuando afirmaba, al principio, que este erudito ha dado con el medio «fin de siglo» de ponernos la ceniza en la frente. Comprendo que no será posible cambiar el «momento homo» del Miércoles de Ceniza por un: «Acuéstate de que tu carne vale á sesenta centínos el ki;» pero cuando alguien sienta un raptó de soberbia, que se ponga la mano en el pecho y diga para sí lo que dicho queda.

Pero si piensa el sabio inglés que esto nos servirá para corregirnos, puede asegurarse que, después de haber analizado tan minuciosamente el cuerpo humano, todavía no conoce al hombre.

MATEO PICO

## MELANCOLÍA

Anciano que rompes piedras para componer los caminos, tu viejo sombrero está destrozado y por él te entra el aire y la lluvia;

el calor es tu tirano y el frío es tu verdugo; tu cuerpo tiritaba de frío bajo el grosero saco; tu cabaña, que está al nivel del foso del camino, ofrece su techo de musgo á la cabaña que está pidiendo; ganas durante el día lo preciso para comer pan moreno por la mañana y para ayunar por la noche, y eres un fantasma sospechoso ante el que se retrocede cuando alguno se encuentra contigo á la hora del crepúsculo; eres pobre, hasta el punto de alarmar á los que pasan por tu lado; hermano sombrío y pensativo de los árboles, como ellos dejan caer sus hojas, tú dejas caer tus años...

En otro tiempo, cuando estabas en la fuerza de tu edad, cuando viste que la Europa implacable venía contra nosotros y amenazaba á París, y numerosos ejércitos se dirigían hacia la Francia, y el ruso y el huno se lanzaban contra esta tierra sagrada y el Norte volvía á vomitar á Atila, te sublevaste con tu horquilla en la mano, y en aquellos tiempos fuiste, ante los reyes que se sostenían en el campo, uno de los más valientes campesinos de la gran Champagne...

Pues, bien; mira ahora cómo viene hacia ti una ligera calea, cuyas ruedas levantan un torbellino de polvo que te ciega al pasar por tu lado; un hombre duerme dentro de esa calea...

¡Anciano, quítate el sombrero y salúdale!... Ese viajero estaba enriqueciéndose cuando tú estabas derramando tu sangre por la patria; jugaba á la baja cuando la caída de la nación era inevitable y profunda. Se necesitaba un buitre que devorase nuestros muertos, y él fué ese buitre; trabajador rudo y siempre en acecho, hizo que para él sudasen nuestras desgracias castillos y rentas.

...Moscu llenó para él sus prados de montones de heno, pero en Leipzig pagaba perros y criados, y la Beresina le surtía para edificar un palacio; y para que ese hombre tuviese flores y árboles, jardines y parques en París, ganó un millón en Waterloo, convirtiéndolo aquel desastre en victoria para él...

De vosotros dos, á él se le venera y á ti se te desprecia; tú eres un pordiosero y él es un millonario...

¡Vamos, anciano; ponte en pie y salúdale quitándole el sombrero!

Victor HUGO

## LA MUJER, SEGUN LOS TEÓLOGOS

«¿Qué soberana peste es la mujer, dando agudo del demonio... Por la mujer el diablo ha triunfado de Adán y le ha hecho perder el Paraíso. De todas las bestias feroces, la más peligrosa es la mujer.»—San Juan Crisóstomo.

«La mujer es el origen de todos los males, pues por ella ha penetrado la muerte en el mundo.»

«La mujer abandonada á sí misma, no tarda en caer en la impureza... Una mujer sin reproche es más rara que el fénix... Es la fuente del demonio, el camino de la iniquidad, el dardo del escorpión, en suma, una especie peligrosa.»

«Nunca pise tu casa pie de mujer.»—San Jerónimo.

«La mujer es la savia del pecado... La mujer no puede enseñar, ni ser testigo, ni juzgar, ni con mayor razón mandar... La mujer es un animal que sólo se vele en el tocador.»

«Malo es ver á mujer alguna, peor hablarla y más tocarla.»—San Agustín.

«La mujer es la causa del mal, la autora del pecado, la piedra de la tumba, la fatididad de nuestras miserias, la puerta del infierno.»—San Juan Crisóstomo.

«Hombre de bien, huye de la mujer, si no, eres perdido.»—San Paulino.

«La mujer es la liria envenenada de que se sirve el diablo para apoderarse de nuestras almas.»—San Cipriano.

«La mujer es el órgano del Diablo.»—San Bernardo.

«La mujer es un escorpión pronto siempre á picar... Es la lanza del demonio.»—San Buenaventura.

«Mas difícil es hallar una mujer buena que un cuervo blanco.»—San Gregorio.

«El infierno está enlosado con lenguas de mujeres.»—El abate Guyon.

«La mujer es cabeza del crimen, arma del Diablo. Su voz es el sibilo de la serpiente. Cuando veas á una mujer, creed que tenéis presente, no un ser humano, ni una bestia, sino al Diablo.»—San Antonio.

Un concilio Cristiano, con toda la autoridad de los santos varones en él reunidos, «el Concilio famoso de Aix-la-Chapelle, declaró que la mujer es la vía de la iniquidad, la puerta del Diablo, una raza infernal.»

«La mujer no tiene el sentido del bien... La mujer tiene el veneno de un aspid y la malicia de un dragón.»—San Gregorio el Grande.

«Cuando oigo hablar á una mujer, huyo de ella como de una víbora.»—San Pedro.

«La mujer es un nido de espíritus inmundos, la puerta del infierno, un ser tan corrompido, que hasta el beso de una madre es impuro.»—San Pablo.

«La mujer es la flecha del Diablo.»—San Eusebio de Cesarea.

«La furia del Diablo no es tan temible como la de la mujer, porque el Diablo está solo y la mujer tiene la ayuda del espíritu maligno.»—Tertuliano.

«La mujer es una hija de mentira, continúa avanzando del infierno, que ha arrojado á Adam del Paraíso... Indomable Belona, enemiga de la paz... La mujer que es una mala boricca, una serpiente ó tenía que tiene su asiento en el corazón del hombre.»—San Juan Damasceno.

Y que las mujeres sean tan estúpidas, que se dejen dominar y explotar por los que siguen la doctrina de esas lumbreras de la Iglesia!

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29



Biblioteca de "El Motin".

# El dolor universal

Sebastián Faure

## El mecanismo gubernamental

La idea de gobierno simplifica ideas de Derecho y de Fuerza. Las necesarias y constantes de esas tres ideas. Resumen histórico: Derecho de la fuerza bruta; Derecho divino; Derecho humano.

La idea de gobierno encierra necesariamente las dos ideas siguientes: Derecho, Fuerza.

A la idea de derecho corresponden las consideraciones de toda especie que se conceden al título con que se gobierna, a la base en que reposa la autoridad, al principio en nombre del cual se dicta la ley.

A la idea de fuerza va unido todo lo que asegura el respeto de la ley, su estricta sujeción, su sanción si es violada, su defensa si está amenazada.

Cuanto tiende a una u otra de estas ideas de fuerza o derecho, se agrupa alrededor de este centro: el gobierno.

Es imposible, en efecto, concebir un sistema de gobierno sin tener en el instante la idea de una regla de conducta impuesta a todos los seres sobre los que extiende su poder, y no imaginar esa regla de conducta—sea, por lo demás, como fuere, buena o mala, justa o injusta, racional o irracional, indulgente o severa—sin pensar al propio tiempo en la necesidad de garantizar, por todos los medios posibles, la observancia de la regla por aquellos a quienes se aplica. El hecho es tan evidente, que no insistiré más en él.

Así, pues, históricamente, la idea del derecho y de la fuerza característica de todo gobierno, se ha modificado en el mismo sentido e igual medida que la de gobierno; tan cierto es, que hablar de aquéllos es hablar de éste, siendo absolutamente imposible separar un átomo de esa mole.

El gobierno tuvo por base en su origen la fuerza bruta; el

derecho es necesariamente el del más fuerte, y confundiendo así la fuerza y el derecho, ésta es obediencia a aquél. Muy poco o nada de aparato jurídico. Por la brutalidad expeditiva de los músculos y de las armas es como se cortan las diferencias, se reprimen los delitos y se castigan las rebeliones contra la autoridad soberana. Más tarde, cuando los espíritus se hubieron impregnado de religiosidad; cuando las cosmogonías espirituales persuadieron al hombre de que estaba en manos del creador como de un dios, se le enseñó a respetar sin esfuerzo; cuando en la idea de Dios creador vino a insertarse la del Dios revelador de los destinos humanos indicando el camino que se ha de seguir; cuando, por fin, la religión cristiana se aclimató en la mayor parte del mundo civilizado, doblando las cabezas bajo el mismo dogma y las conciencias bajo los mismos mandamientos salidos de Dios y manifestados a Moisés en medio de los relámpagos del Sinaí, aquel día el derecho de la fuerza bruta fue reemplazado por el derecho divino. Entonces el gobierno es la delegación en seres pertenecientes a una raza escogida, raza de criaturas marcadas por Dios mismo con el sello del poder de los señores, dados por la Providencia a los pueblos para que los sirvan de pastores y guías. Sus órdenes, sus prescripciones, sus prohibiciones inspiradas por el mismo Monarca Eterno, deben en todas partes y por todos ser respetadas. Quien quiera que desconozca ese derecho de esencia divina, se expone en vida a los castigos más duros, justa pena de la falta cometida; y si la justicia se los ahorra, el juez supremo, ante el que comparecerán un día todos los mortales, le condenará a suplicios eternos de los que ni el más pequeño puede imaginarse.

A este concepto particular del Derecho, corresponde un estado de alma especial formado de miedo, de sumisión y hasta de amor; en todo caso, de fatalidad resignada. El Derecho es consentido y aceptado. Es la época en que el poder de los grandes reviste aspecto majestuoso y se envuelve en cierto misterio. Los soberanos son seres sobrenaturales con cierta aureola de Divinidad. Los individuos les pertenecen como sus riquezas. Por encima de sus cabezas coronadas y dominadoras desde la distancia que le aproxima al Altísimo, el sucesor de San Pedro distribuye en la ciudad eterna sus bendiciones o sus anatemas; su voz de trueno hiela de espanto y a sus órdenes se inclinan las más altivas frentes. El legislador y el sabio se confunden entonces con el preceptor y el confesor de los príncipes.

La Iglesia omnipotente habla al oído a los monarcas, y he ahí la inspiración de sus ministros, que ocupan a veces en lo profano el rango más elevado, se elabora el Derecho y se formula la ley. La Fuerza misma reviste un carácter religioso; sus

músculos llevan sotana; los tribunales se componen de frailes; el crimen más abominable es la herejía o el cisma; las hogueras se encienden y arden para el temerario que niega o duda.

Gobierno, Derecho, Fuerza, todo tiene origen y atractivos sobrenaturales, todo desciende del cielo, todo tiene una misión que viene de lo alto. Mas para que tal estado de cosas se sostenga el mayor tiempo posible, preciso es que la base misma no sea discutida; está, por tanto, rigurosamente prohibido reflexionar, pensar, criticar. La duda, la misma duda es una falta grave. Toda objeción está mal vista; toda afirmación contraria a las Santas Escrituras es perseguida; toda refutación condenada, y el tormento no parece castigo bastante para el audaz que osa alzarse contra los textos o la doctrina. Pero a pesar de todo, el espíritu humano busca su camino; su necesidad invencible de saber le impulsa a profundizar los problemas; sus aspiraciones naturales hacia lo demostrable y lo cognoscible le incitan de modo irresistible al estudio del cósmos y el «por qué»; poco a poco los conocimientos se desarrollan; la materia consiente en dejarse conocer; compréndese una serie de fenómenos aún inexplicables; al recorrer los desiertos del espacio con su aparato de investigación, los sabios no hallan por ninguna parte el alma inmortal; el dato naturalista se determina; el espíritu filosófico interviene; el descubrimiento de la imprenta, la multiplicación de los libros y la extensión de la prensa vulgariza rápidamente la idea nueva; prodígese, en fin, un movimiento de opinión tan colosal, que se lleva el mundo basado en el Derecho divino.

Entonces aparece la tercera forma del Derecho: le llamaremos el Derecho humano en contraposición al que le ha precedido. Este no viene de arriba, sino de abajo; no desciende del cielo, surge de la tierra; no procede de Dios, emana de los hombres. El ser humano no es ya un muñeco cuyos hilos tiene el Todopoderoso; es un ser libre, pensante, de razón, al que pertenecen el derecho y el poder de fijar sus propios destinos y de determinar las condiciones en que le place vivir en sociedad. El gobierno no está ya en manos de los representantes de Dios en la tierra; toca a los representantes del pueblo. Por consiguiente, la soberanía está reconocida y proclamada; no sufre ya leyes dictadas por el capricho de un déspota, o la voluntad de un tirano. Confecciona por sí misma las leyes que han de regirla; de acuerdo con sus semejantes, discute la ley y esta no es ejecutoria, sino habiendo sido elaborada en común y consentida por todos. El Derecho es la expresión sincera, formal e independiente de la voluntad nacional reunida en una serie de códigos y reglamentos hechos por todos, aplicables a todos. Tal es el nuevo concepto del Derecho.

La Fuerza sigue naturalmente una evolución paralela. No reside ya en una turba de mercenarios, salientes del más fuerte, como en los antiguos tiempos; no se muestra bajo la forma de una sanción ultravital, ni tampoco por medio de tribunales de inquisidores secundados por el brazo secular, como en la edad media. Se afirma bajo la especie y apariencias de una magistratura nacional, de una policía y fuerza de orden público nacionales, de un ejército nacional, de prisiones nacionales, de guillotina, horca o garrote nacional, de modo que empleados de las prisiones, soldados, gendarmes, polizontes, verdugos y magistrados tienen un carácter tan democrático como el Derecho y el Gobierno mismos. La soberanía, como se ve, también ha cambiado de lugar. Teniendo en su origen un carácter puramente personal, se fija en quien por su elevada estatura, fuerza hercúlea y probada crueldad puede imponerse a los otros; bajo la influencia preponderante de la idea religiosa, encárnase en una casta que comprende a los que Dios marca con su sello. En nuestros días ha perdido su carácter de privilegio y abarca la universalidad de los humanos. El guerrero, el noble, el ciudadano, tal es la tríada soberana en el orden cronológico.

Y ahora que, apoyándose en la razón y la historia, he demostrado el lazo irrompible que une la idea de Derecho y de Fuerza a la de Gobierno; ya que he establecido, creo que irrefutablemente, que todo Gobierno, sea el que quiera, antiguo, moderno o democrático, no puede existir sin un Derecho que le justifique y sin una Fuerza que lo defienda, quiero hacer ver lo que hay que pensar del Derecho mismo y de la Fuerza que lo acompaña.

## III El derecho contemporáneo A.—TEORÍA

Las diversas formas de gobierno se resumen en dos tipos: monarquía y república. La idea de la libertad política, esta libertad, la misma que la soberanía popular, es derivada por el sistema de delegación o representación. Delegar su poder es perderlo. Responde a diversos sofismas, cuyo objeto es hacer creer que la delegación no es incompatible con el ejercicio de la soberanía individual. Identificación irreconciliable entre los sentimientos e ideas del mandatario y los mandantes. Tal acuerdo ideal sólo puede existir en el terreno de las ciencias exactas y positivas. No puede realizarse la manifestación de opiniones sobre las cuestiones que un diputado es llamado a resolver. El derecho moderno no es, pues, más que un engaño infame. No gobierna el Derecho actual; ocurre de todos, se regula que reside en el mayor número. El mayor número no representa ni la ciencia, ni la verdad. El derecho y la justicia están casi siempre del lado de la minoría. Lo que hay que pensar de la igualdad ante la ley. Todas las leyes están hechas en beneficio de una colectividad limitada. El voto por objeto la subyugación del capital y del Gobierno. En todo caso esta sería la igualdad en la servidumbre. Toda ley tiene un carácter necesariamente opresivo. Incompatibilidad de la ley y del Derecho natural. Diferencias esenciales entre las leyes naturales y las leyes codificadas, completamente artificiales. Necesidad de la ignorancia de las masas populares.

Las formas todas de gobierno pueden reducirse a dos tipos fundamentales: el tipo monárquico y el republicano. Lo que caracteriza al primero es el poder personal confiriendo a un individuo la facultad de hacer la ley y de imponerla a todos sus súbditos. Cuando una nación llega a cierto grado de desarrollo y el pensamiento sacude algunos de sus yugos, el poder absoluto del príncipe reinante se atempera al del pueblo y se concede a éste una parte de la soberanía, mas no dejan de quedar a favor del monarca prerrogativas que le aseguran la supremacía.

Lo que distingue al segundo, es el reemplazamiento del poder personal por una o varias asambleas deliberantes, compuestas de delegados de la nación, representando él la síntesis de las aspiraciones de un país. Es la sustitución por la soberanía popular, es decir, por la de todos y cada uno, de la soberanía de uno solo, o la oligarquía. Los parlamentos y los mandatos del pueblo entero tienen por misión hacer las leyes, y, por medio del gobierno, asegurar su ejecución.

Teóricamente, este régimen representativo corresponde a la idea de un cuerpo social gobernándose a sí mismo, sin la ingerencia de una voluntad ajena a la de sus miembros, siendo cada individuo llamado a dar su opinión sobre toda regla de conducta, no teniendo que sufrir la voluntad de nadie, quedando en libertad de guiarse siguiendo las aspiraciones propias de su entendimiento y su conciencia, no sometido, en suma, más que a lo que le plugo aceptar porque lo reconoció justo y razonable, conservando la posibilidad de reparar sus errores, de buscar lo mejor, de anular una resolución anterior, de derogar una ley defectuosa, de modificar la Constitución.

A primera vista, y, sobre todo, comparándolo con la arbitrariedad de los regímenes monárquicos, seduce este sistema gubernamental. Así se explica sin trabajo la especie de fascinación que produjeron, y producen aún, estas palabras mágicas: soberanía del pueblo, representación nacional, sufragio universal, república. Pero lo que sucede respecto a la libertad económica, de la que más arriba he hablado, se reproduce fielmente a propósito de la libertad política. La constitución republicana dice a todo ciudadano: «En adelante eres libre, enteramente libre; la ley ha proclamado la libertad integral y la igualdad de todos los seres; ya no perteneces al rey, ya no estás obligado a inclinarte ante sus caprichos, sufrir sus mandatos, pagar su lujo; aquella soberanía que hasta hoy ha ejercido su tiranía, la poseerás tú en lo sucesivo y la transmitirás a tus descendientes. A partir de este día no dependes más que de ti mismo; no eres servidor de nadie. ¡Anda, eres libre!»

distintos puntos. Es materialmente imposible que una masa más o menos grande de personas, teniendo cada cual su naturaleza, su temperamento, su carácter, sus afinidades, sus gustos, pueda sentir, pensar, querer del mismo modo y con igual intensidad. Aunque la misma intensidad se hallase, por casualidad fabulosa, en todos sus individuos, llegando a compensarse sus equivalencias, se diferenciarían, sin embargo, en el análisis al por menor, teniendo éste más sentimiento que razón, aquél más razón que sentimiento.

2.º Este acuerdo perfecto podría tal vez obtenerse en un punto, uno solo, claramente circunscrito, escrupulosamente determinado. ¿Pero quién se atrevería a pretender, ni aun a pensar, que tal acuerdo pueda darse sobre cuestiones tan vitales, y a veces tan extrañas las unas a las otras, que un mandatario tiene que resolver y sobre las que debe decidir?

3.º Aunque fuese completa y absoluta esa inteligencia entre el representante y sus electores sobre todas las cuestiones en el momento de la elección, seguro es que no sería duradera y que no tardarían en estallar divergencias en la manera de ver. Pues si puede admitirse—cosa que ya es incompatible con la variedad y el contraste de los organismos—que el sentir, el querer, el pensar, sean en un momento dado, y sobre multitud de puntos, absolutamente idénticos en todos los miembros de una aglomeración humana, sería absurdo creer que fenómeno tal pueda ser más que un caso eminentemente efímero. Muchas impresiones y circunstancias vienen a modificar a cada instante nuestros deseos; no sólo varían hasta lo infinito, según el individuo, dichas impresiones y circunstancias, sino que además la misma circunstancia y la misma sensación influyen de diverso modo y al mismo tiempo en varias personas, y en una misma, en tiempos distintos, pasan de diversa manera.

4.º ¿Se ha hallado nunca, en fin, diez personas que fisiológicamente presenten una continua identidad de formas, de rasgos, de estatura, de fuerza, para creer que esa identidad persistente se halle con más facilidad en el mundo moral que forma las ideas y los sentimientos?

¿Puede al menos esperarse ese acuerdo ideal de los comitentes entre sí por un lado, y entre los electores y su agente de negocios por el otro? Acabo de demostrar que tal esperanza es utópica, que ese sueño es irrealizable. Pero como sobre este dato erróneo se ha construido el sistema representativo apoyándose en la soberanía del pueblo, hallando su expresión en el sufragio universal, quiero insistir para que, sobre el sistema mismo, sobre su valor desde el punto de vista racional, no quede duda alguna.

Desgraciadamente esta libertad ha sufrido la misma suerte que todas las que dicta la ley; apenas reconocida y proclamada, ha sido escamoteada por un hábil subterfugio que tuvo por efecto anularla completamente.

Véase, si no, lo que añade la Constitución republicana: «Residiendo el derecho social en el conjunto de seres humanos que forman un grupo nacional, la ley será la emanación sintética de la voluntad popular; mas como para formularla es imposible reunir en un solo punto a todos los ciudadanos de una nación, traerlos a tomar parte en una deliberación pública y universal, consagrar con sus sufragios una decisión general, los individuos deberán entenderse en cada región para elegir los delegados encargados de representarles en el seno de la asamblea soberana, de hacer prevalecer en su desiderata, de tomar en su nombre parte en las deliberaciones, de expresar en sus votos la voluntad de sus electores. Así es cómo la soberanía individual, no pudiendo ejercerse directamente, se practicará por la vía de la delegación.»

De esta vez se había fundado el gobierno representativo. De esta vez también la soberanía popular quedaba por los suelos y violada la libertad del ciudadano. Este punto especial reclama una explicación. Es del todo evidente que la representación es y no puede ser más que la negación completa de la soberanía individual, un escamoteo más o menos hábil de la voluntad nacional. Quien delega en otro su soberanía, se despoja de ella. No se puede confiar a ninguno la misión de fabricar leyes, como no se puede a la vez dar y conservar un objeto. El que nombra un mandatario con la misión bien marcada de concertarse con otros mandatarios, al efecto de legislar, contrae por su honor y de antemano el compromiso de someterse a la voluntad de esos legisladores y abdica *ipso facto* todo derecho a sublevarse. Luego cesa de ser libre, y de buen ó mal grado vuelve a ser esclavo. Esto es la servidumbre consentida, querida, buscada. Entre la soberanía del pueblo y la representación de esa soberanía hay incompatibilidad absoluta. ¿No hay contradicción, dice Proudhon, entre todos estos términos: gobierno, representación, interés, libertades y relaciones, etcétera? Y añade: «Desde cualquier punto de vista el representante de las libertades y de los intereses está en contradicción con la libertad, en subyugación contra los intereses; la única conformidad que expresa es la de la servidumbre común.»

En dos palabras ha expresado Eliseo Reclus la idea que desarrollo: «Delegar su poder es perderlo.» Si, es perderlo; es decirle a aquel en quien se delega: «Confío a usted el cuidado de pensar, de discutir, de votar y de obrar por mí. Me entrego a usted en absoluto. Lo que diga usted estará bien dicho, lo que haga estará bien hecho, y lo consideraré como dicho y

hecho por mí. Mi pensamiento se expresará por boca de usted y su voto confirmará mi voluntad.» Y el mismo escritor añade: «¡Votar es envilecerse!» frase tan justa como hermosa. Pero se oye decir que ya no soy menor, se reconoce vuestra mayor edad con todos los derechos que trae consigo, el de considerarnos al igual de todos y cada uno, el de tomar parte libremente en las discusiones que tienen por objeto buscar el medio mejor de vivir dichosos en sociedad, el de cuidar vuestros mismos intereses, de resistir contra quien quiera invadir vuestras atribuciones de hombres libres, el de desarrollar vuestras facultades en todos sentidos, el de vivir a vuestro modo y arreglar vuestra existencia según os plazca. Y he aquí que, por una superchería sutilísima, se viene a proponer, ni más ni menos, que os privéis voluntariamente de todos esos derechos tanto tiempo disputados y tan costosamente adquiridos; viéneos a invitarnos a que os despojéis en favor de otro del cuidado de estudiar y decidir lo que está más conforme con vuestros intereses, lo que responde mejor a vuestras necesidades, lo que con más certeza contribuye a vuestra felicidad, lo que mejor garantiza el uso de vuestras facultades; se viene a exhortaros que pongáis en manos de un tercero el cuidado de cuanto os concierne, de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros bienes. Pues bien; si tenéis la debilidad de escuchar tales exhortaciones, de acomodaros con tan falsos consejos, de prestaros a tan pífida mistificación; si tenéis la cobardía de prestaros a desempeñar un papel en tan indigna comedia, os envileceis; dejáis de ser una persona libre, os sumís voluntariamente en la esclavitud, y tendréis menos valor para romper las cadenas y acabar con el dolor de las heridas que os hagan, porque las habréis forjado y tendido los brazos para que os las hagan.

Acaso esta consideración de orden puramente filosófico no impresione a los espíritus materiales de hoy; pero es un punto importante en demasía para no dejar el trabajo de reflexionar sobre él, y asienta una verdad tan sencilla, que, para necesitar demostración, es preciso que la costumbre de pagarse de palabras y de aceptar sin comprender las expresiones vacías de sentido, haya echado en nuestra generaciones raíces poderosas.

Se que sobre este punto son numerosos los intentos de refutar. Uno de los más en boga es el que consiste en pretender que el mandatario, lejos de ser el amo que uno se da, es sólo una especie de embajador a espensas del pueblo rey; que el elegido, debiendo sacar sus inspiraciones del grupo que lo elige, no es más que uno que lleva la palabra; que la senda que ha de recorrer le está trazada estrictamente por su poderdante y no tiene que hacer más que marchar resueltamente, y

hecho por mí. Mi pensamiento se expresará por boca de usted y su voto confirmará mi voluntad.» Y el mismo escritor añade: «¡Votar es envilecerse!» frase tan justa como hermosa.

Puede esa legislación ser obra de algunos ó de muchos; puede reflejar las tendencias de una fracción más ó menos numerosa del país; puede asegurar el ejercicio de mayor ó menor cantidad de derechos é intereses; pero puesto que no responde a los derechos, a los intereses y a las tendencias de todos, absolutamente todos, es evidente que lastima algunos intereses, que viola algunos derechos, que desvía algunas tendencias.

¿Dónde está, es pregunto, la soberanía de esos desconocidos, de esos no escuchados, de todos esos en contra de los cuales el Código se declara? ¿No están autorizados para decirse oprimidos y forzados? ¿Quién puede sostener que son libres?

El repito por última vez: si la ley es la resultante de sentimientos e ideas unánimes, es inútil como inútil es la representación nacional encargada de formularla en textos precisos; si, por el contrario, no está conforme más que con los sentimientos y las ideas de una parte—grande ó pequeña, eso importa poco—de aquellos a quienes rige, los sentimientos y las ideas de los otros se desconocen; véanse éstos restringidos a sufrir una voluntad que no es la suya; son siervos, esclavos. La soberanía nacional y la libertad individual son violadas en ellos; por consiguiente, el Derecho moderno está atacado en sus principios, minado por su base; no queda de él más que un odioso engaño. Imposible salir de esto.

Mas el ingenio de los que nos dirigen es fértil en sutilezas.

Sabiendo que la unanimidad de las voluntades es un hermoso sueño destinado a vivir siempre en la región de las utopías seductivas, persuadido que el *quod capitis, tot sensus* no halla en ninguna parte aplicación tan justa como en las cuestiones políticas, el Derecho contemporáneo, renunciando a ser la emanación de la voluntad de todos, se contenta con ser expresión de la del mayor número.

No es ya el pueblo gobernándose a sí mismo, concertándose, deliberando y poniéndose de acuerdo sobre tal punto controvertido; es la mayoría dictando la ley a la minoría en el seno de la nación; son cien individuos imponiendo su voluntad a noventa y nueve concurrencias. (4) Es la separación fatal de la sociedad en dos clases: la que manda y la que obedece.

Las mismas causas producen siempre los mismos efectos; la autoridad económica (propiedad individual) divide a la humanidad en dos partes: los ricos y los pobres; la autoridad por decirlo así, más que el Verbo universal?

como abriendo camino, facilitando así el paso de los que le siguen; que no es su voluntad la que va a expresar en el parlamento, ni sus intereses los que va a defender, sino la voluntad y los intereses de sus electores; y los que llegan a lo último, no temen afirmar que el diputado no es, en realidad, más que el criado de los que lo han elegido.

Con un sencillo dilema responderé a tales pretensiones. Una de dos: si el elegido es quien se somete a la voluntad del elector, deja de pensar con su propio cerebro, de ver con sus ojos, de oír con sus oídos, de azonar conforme a su interés, para razonar, ver, oír, pensar con el interés, los ojos, los oídos y el cerebro de sus electores. En tal caso no es libre y se ve obligado a decir lo que no piensa, a sacrificar sus intereses a los de otro, a votar, en caso necesario, contra su conciencia. La soberanía individual resulta violada en él.

Si, por el contrario, sin tener en cuenta a los que lo han nombrado más que para conservar su puesto y asegurar su reelección, el representante no se preocupa más que de sus propios intereses, obra conforme a sus miras particulares, toma su propia razón por guía, se inspira solamente en su conciencia, entonces, los que lo han delegado dejan a su vez de ser libres. Tienen el recurso ulterior de abandonar al elegido, pero también el deber inmediato de someterse a las leyes que aquél hace, aunque hieran sus intereses ó su independencia.

No necesito hacer notar que de este segundo modo es como las cosas pasan siempre. Pero para mí razonamos nos indiferentes el uno y el otro. En ambos casos hay individuos que mandan y otros obligados a obedecer; que sean éstos ó aquellos, la cosa importa poco; no por eso resulta menos cierto que, para el mayor ó menor número, se suprime la soberanía.

Pero puede, y debe suceder, se dirá, que el delegado esté en constante comunicación de ideas é intereses con sus comitentes; cuando así ocurre, identificándose con la del primero la voluntad de los últimos, ninguno tiene que someterse a una decisión que repugne a sus intereses.

Contesto: Por cuatro motivos lo menos, no puede existir esa absoluta inteligencia:

1.º Porque el número de los que forman un mismo colegio electoral es demasiado grande para que todos los que componen esa multitud heterogénea en el seno de la cual se agitan, a la par que intereses de orden general y comunes, muchos intereses particulares casi siempre opuestos, puedan formar un todo compacto, unido, idéntico a sí mismo en sus

política (gobierno) alcanza el mismo resultado: de un lado, los oprimidos, la mayoría; de otro, los oprimidos, la minoría.

El Derecho de las mayorías, el Derecho del número, tal es el principio. Más adelante haré ver que este principio mismo tampoco es respetado en la práctica y su aplicación da por resultado precisamente la inversión de los dos términos. Probaré también que nos hallamos presos en una apretada red de contradicciones, de sofismas y de mentiras; mas puesto que tales consideraciones sólo se refieren al modo de poner en práctica el régimen representativo y que al presente estudio el sistema desde el punto de vista teórico é intrínseco, conviene suponer que el gobierno representativo es realmente el de la mayoría y examinar lo que vale como tal.

¿Qué representa el mayor número?

Representa la ciencia y puede esperarse que del lado de los más se encuentran el saber y la verdad? ¿Se necesita contestar detenidamente pregunta semejante? ¿No sabe todo el mundo que el pauperismo económico entraña el pauperismo intelectual? ¿Que la instrucción—no hablo de la que se reduce a enseñar a los niños a leer, escribir y contar, sino de la que enseña al hombre lo que debe saber en la vida—no se sabe, repito, que esa instrucción que ilustra al hombre acerca de la realidad de las cosas, disipa sus prejuicios, le permite discernir lo justo, apreciar lo bello, contrastar la verdad, no equivocar respecto a sus derechos, sus intereses y sus deberes, no se concede sino con avaricia parsimoniosa? Esa enseñanza, la verdadera, la sola en el fondo, que sería útil respecto a lo que aquí discuto, no está en la Universidad que la extiende por las escuelas primarias, secundarias ó superiores. Parece, por el contrario, que los profesores, encerrados como están en un programa de estudios con tendencias retrógradas y armados de autores clásicos cuya doctrina no se aparta de los conceptos debidamente autorizados por el gobierno, toman a empeño acomodar las inteligencias y corazonas cuyo cultivo se les confía, a las ideas y sentimientos que un pasado de superstición é ignorancia legó a nuestra generación. Parece haberse dado una consigna para que de lo alto de los púlpitos religiosos y civiles, y de labios del profesor como de los del cura, caigan con la autoridad que la imaginación popular da a todo lo que viene del poder terrestre ó sobrenatural, afirmaciones erróneas, razonamientos *a priori* de falsas doctrinas, de tesis supuestas.

Y si por casualidad se encuentra un espíritu valiente, una conciencia recta, un carácter varonil, una voluntad energética

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)

(Continuad.)